

Hoover Delgado

El libro borrado

(Fragmento)

En vísperas de la visita del Papa a Cali, Ricardo Bonilla, periodista que anda tras los autores de las “operaciones de limpieza” de la ciudad, es encontrado muerto en su apartamento. Dos integrantes de la Unidad de Investigación, Álder y Lipó, buscan esclarecer el crimen. Un documento que anuncia el fin del mundo, un grupo clandestino dedicado a la cataclísmica llamado Radicales Libres, y un libro misterioso que contiene la clave para resolver el caso, los llevarán a la solución y de paso al corazón del infierno de uno de los episodios de crimen y poder menos conocidos de la ciudad. El capítulo 3 pertenece a la novela inédita de Hoover Delgado, *El libro borrado*.

Capítulo tres

x

Dos escalofriantes descubrimientos anunciaré: el número 3,1415 –esa razón perfecta, constante, hermosa, bautizada por Arquímedes con el nombre de Pi, en cuya base vio una infinita serie decimal–, refiere en clave cifrada la historia completa de la raza humana. Oráculo o agenda, cada cifra del irracional designa un año. Perdida entre 105 millones de decimales aguarda, fría y matemática, la fecha exacta del fin del mundo. Yo la hallé.

Álder separó la lupa del documento. Sintió el sudor crecer como una mancha de petróleo bajo la guayabera. El rostro, que remataba en una cabellera de vellón prematuramente blanco, aparecía enrojecido por el calor. Dejó la lupa sobre el escritorio y caminó hasta la ventana en busca de sus alimentos: el cigarro, un Cohiba robusto proveniente de las bodegas de San Andresito, y un tazón de café cargado y amargo que solía dejar atemperándose en el alféizar.

Consideró el documento. Se trataba de un manuscrito auténtico: la materia del anuncio (el fin del mundo cifrado en el número Pi), la sintaxis impecable (esa razón perfecta, constante, hermosa...), el ritmo sostenido y el fraseo cristalino revelaban que sólo podía tratarse de un texto de Radicales Libres. Seguía así el estilo de los otros documentos –Álder los recordaba en uno de los cajones

del escritorio, guardados bajo llave– cuyo contenido lo había llevado a concluir, mucho antes que los directores del periódico Yanguas y De Lima, que entre Radicales Libres y los asesinatos de los comienzos de la década en las llamadas «operaciones de limpieza», existía una relación más que casual. ¿Se trataba de los responsables? ¿De un grupo de delatores buscando desenmascarar a los culpables? ¿O simples aficionados queriendo embromar a detectives y periodistas? No lo sabía. En medio de tanta literatura pseudo espiritual, de tanto gurú de garaje, era apenas justo reconocer que Radicales Libres sabía imprimir a sus escritos un toque de superioridad.

Volvió al escritorio, extrajo un cuaderno de notas y leyó sus propias conclusiones.

El extraño grupo había aparecido en octubre de 1981. Los dos anuncios simultáneos publicados en las páginas de El Espacio y Cromos los habían presentado como una sociedad de numerólogos dedicada a una actividad inaudita: la predicción de catástrofes. Su menú, tan sorprendente como su oficio, ofrecía desde un simple auspicio de amor hasta el vaticinio de un terremoto. Pero lo que lo había catapultado a la fama había sido el hecho de haber pronosticado, en el estilo hermético que lo caracterizaba, el premio mayor de la lotería. Añadió un rasgo singular: el número ganador aparecería dentro de un pez. Una semana después se supo que el edi-

ficio de la lotería de Córdoba había sido destruido por una muchedumbre enloquecida que tras haber apostado al número ganador descubierto por un pescador en el vientre de un sábalo, procedió a cobrarse de esa manera el dinero que la lotería se negaba a pagar.

Vino después una racha de éxitos que conservaban tanto el rasgo feliz del acierto como el sello de la fatalidad. Cuando todo el mundo esperaba que continuara con sus augurios domésticos y sus horóscopos de doble suerte, sus oráculos saltaron a cábalas mayores: el Nóbel de García Márquez pronosticado en El Espectador en 1981, hecho de un haikú perfecto: En Suecia, una flor / El árbol de Macondo / da mariposas; el terremoto de Popayán publicado en El Liberal en 1982, formado de paráfrasis irreverentes: la o, anillo de lava / la a, grave y grava / la aguda a / o larga y negra partida / vocálica y volcánica / Popayán; el holocausto del Palacio de Justicia dado a la luz en El Tiempo en 1985, compuesto por una jitanjáfora corrosiva: ver november / verdes saurios / belisaurios / bélicos monos / decimononos / arden for men.

Tras detectar los centros de operación del grupo y adelantar redadas en tres capitales del país sin resultado alguno, la policía perdió el rastro. La glosa popular hizo blanco de sus burlas a una policía incapaz de prever lo obvio: que era imposible dar con el parade-

ro de un grupo capaz de adivinar el futuro. Radicales Libres saltó a la clandestinidad. Sus apariciones en los medios, tanto fugaces como espectaculares, fueron celebradas por los seguidores que no tardaban en agotar las tiradas del periódico. Junto a los mensajes difundidos, Radicales Libres añadía una especie de grafiti, o epígrafe, o epigrama, que los lectores apreciaban tanto como el mensaje central. El del mensaje de Pi era una prueba de ello:

Si el nuevo orden es el caos
el terrorismo es poesía concreta.

Álder había concluido que el grupo debía albergar a un equipo de inteligencias de disciplinas tan disímiles como insólitas. El elemental escrutinio de sus mensajes daba prueba de un dominio de temas que iban desde el tarot, la gastronomía y el fútbol, hasta la poesía, la macroeconomía y la física cuántica. Estimó posibles autores: los universitarios no proponían nada creativo desde los setenta; los narcos no tenían tanto cerebro; los grupos armados sólo ostentaban perspicacia en la guerra y la droga. Una red de sabotaje mediático era lo más aceptable. La experiencia más cercana había sido la del M-19. Álder averiguó que Carlos Pizarro, líder del grupo guerrillero, había contemplado la posibilidad de refinar esa forma de lucha de los años setenta en los nuevos tiempos de la organización, pero lo

había disuadido el Acuerdo de Cese al Fuego con Betancurt. No había nada más.

¿Qué lo había llevado, pues, a relacionar a Radicales Libres con las matanzas de los últimos años? Por increíble que pareciera, su hipótesis se fundaba en dos hechos aparentemente triviales que no obstante Álder consideraba definitivos: las fechas y los grafiti. Por un lado, la fecha de aparición de Radicales Libres coincidía con la del MAS, el tenebroso grupo de exterminio de ultraderecha que operaba en buena parte del territorio nacional; estaban luego las fechas de sus anuncios en cada una de las cuales, además de los asombrosos pronósticos –la lotería o el terremoto, por caso–, se había presentado una matanza –la más sonada, la del 10 de diciembre del 82 cuando en cuatro capitales se registró un número total de cuarenta muertos; por supuesto, los medios destacaron la noticia del premio Nobel–; en cuanto a los grafiti, Álder recordaba algunos de ellos aparecidos en ciudades diversas mucho tiempo antes de que Radicales Libres los usara, y por cuanto refería a Cali, en lugares insólitos: paraderos de buses, hospitales, puentes, muros y en dos zonas medulares, El Calvario y Chicago Papel, reino de los recicladores. Una sorda, fiera angustia parecía dominar cada uno de ellos.

Haciendo pantalla con la mano sobre el papel negro que Lipó había traído, volvió a

examinar el grafiti que encabezaba el documento de Pi:

Si el nuevo orden es el caos,
el terrorismo es poesía concreta.

¿Dónde lo había visto antes? Intentó hacer memoria. Tal vez en las paredes del Batallón, o de la Universidad del Valle, o del Club San Fernando. Por un momento estuvo a punto de lograrlo, pero luego, como una nube que se disuelve en el aire ardiente del mediodía, el recuerdo se disipó.

—Si se trata del grafiti —dijo una voz a sus espaldas—, apareció escrito hace cinco años en las paredes del Hospital Psiquiátrico.

Álder acusó la intrusión con serenidad. Dejó el documento sobre el escritorio, guardó el cuaderno en la gaveta del escritorio y se dio la vuelta para ver la acortada figura de Lipó dejando un paquete de periódicos en el recibidor. Desde antes de que Yanguas lo asignara al caso, el chino —como Álder mismo, mezcla extraña de periodista, hombre de teatro y editor— solía buscar material relacionado con las matanzas en archivos y periódicos de la ciudad como un favor personal para Álder. Tras revisarlos, Álder fotocopiaba los que consideraba importantes y devolvía el resto a los archivos.

—Siempre creí que el que habíamos visto en el manicomio era aquel famoso grafiti:

Este es el único negocio donde el cliente no tiene la razón.

—También estaba allí —aclaró Lipó—, y su autor era Cruz Elyeye, el escritor. En cambio, el primero no estaba firmado.

—Lástima —dijo Álder y se acercó al receptor.

Abrió algunos de los diarios y leyó los titulares. Hizo a un lado uno donde los teólogos de la liberación criticaban duramente la visita del Papa y se concentró en el resto. Su recorrido parecía más un reconocimiento dactiloscópico que una lectura. Seguía así una vieja costumbre que había aprendido de su maestro, el prestigioso librero Lloreda Barrientos que había ganado celebridad incursionando en el periodismo investigativo. Llamaron su atención tres hechos —no leyó las fechas, prefería adivinarlas por el contenido—: desaparición de niños en el Viejo Caldas, —1982, 1983—; operaciones de Kankil y del Justiciero Implacable en Buenaventura, Palmira y Cerrito —1984, 1985, 1986—; y uno final que se le antojó sugestivo, tal vez de dos o tres semanas atrás, La nueva estética caleña, escrito e ilustrado por Ricardo Bonilla con fotos del cuadro Santa Ágata, de Zurbarán. Quizá el último artículo escrito por Bonilla antes de su muerte.

Pensó en la ingenuidad de Bonilla al referirse a las cirugías plásticas tan en boga por esos días como «la nueva estética». Llamar

estético a un acto de carnicería era como pretender llamar metafísica una lobotomía, filosófico un electroshock.

—Alguna vez le oí decir a usted que Bonilla era un periodista sibilino.

—Así es —dijo Lipó encendiendo un pielroja—. Solía confundir profundidad con oscuridad.

Álder se concentró en la figura de la santa: el bello rostro de dolor contenido, el vestido ceñido al torso, el cabello largo y oscuro bajo el tocado, la bandeja con los senos cortados, pálidos y exangües, como dos panes firmes recién solicitados a la mesa. Le pareció que el cuadro rezumaba un sereno erotismo.

—La santa se llamaba Águeda, no Ágata —corrigió.

—Bonilla le cambió el nombre para que sonara a puta.

—Entonces no era sibilino sino sifilino —comentó Álder—. Creo que había una leyenda sobre Águeda...

—Así es —dijo Lipó—. Un conde italiano, si mal no recuerdo, se enamoró de la joven virgen. Como Águeda no se entregaba a él, el conde la prostituyó, la encarceló y finalmente le cortó los senos.

—Parece una historia de narcos y mujeres.

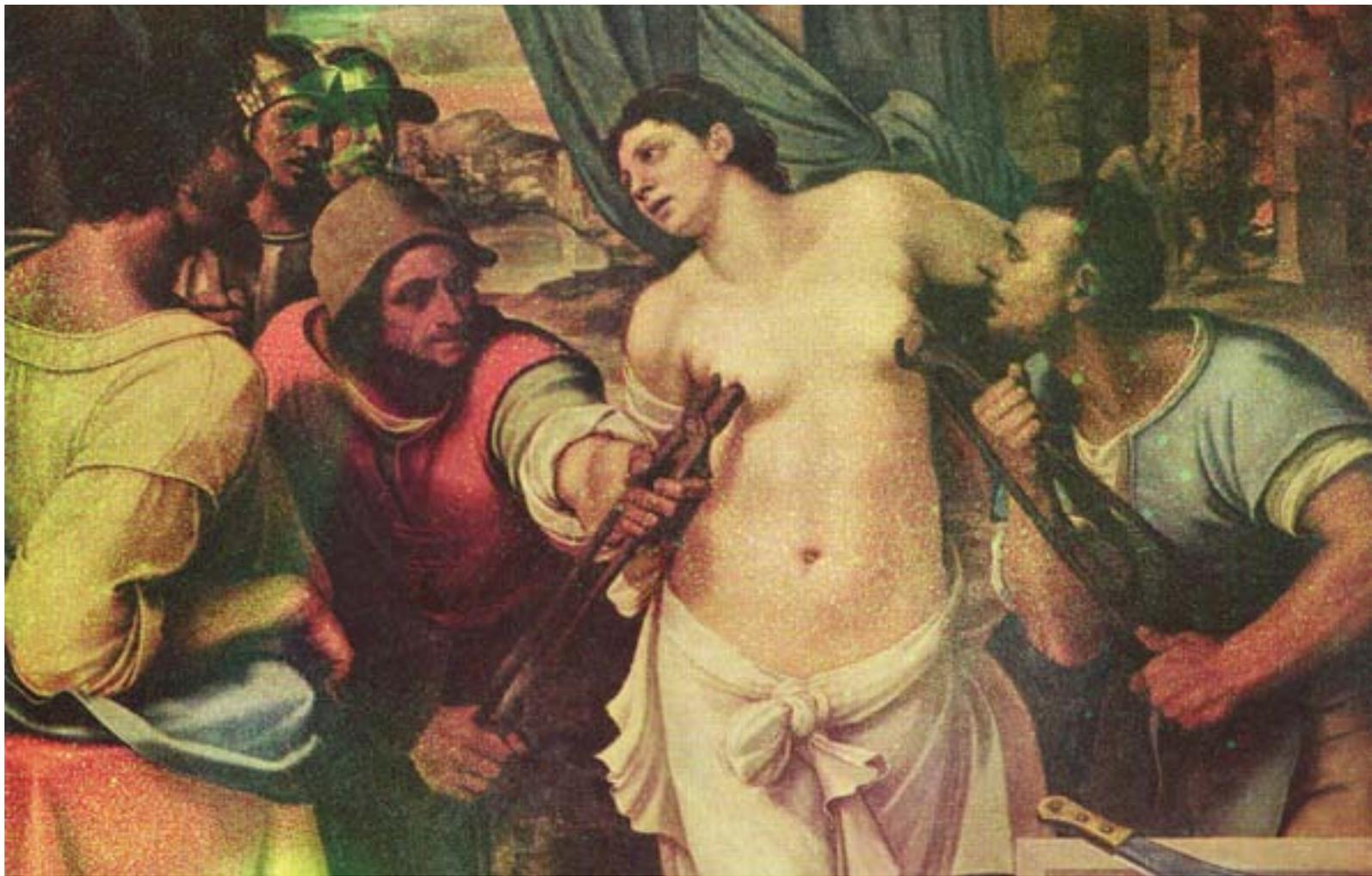
—Es lo que quería mostrar Bonilla: poder y tetas. Con la diferencia que ahora los narcos no les cortan las tetas a las mujeres: se las mandan a agrandar.

—Rara forma de devolver la virginidad —dijo Álder, y volvió sobre Bonilla—. No lo entiendo. En lugar de tanto rodeo, por qué no podía ser directo: hablar de la relación narco-madre, o de la escasa leche de la bondad humana del narco, o de un narco mamón que quiere convertir a todas las mujeres en su madre.

—De acuerdo, pero eso sería psicoanálisis y no estética.

—A quién le importa la estética —dijo Álder—. Hablamos de periodismo.

Un conde italiano, si mal no recuerdo, se enamoró de la joven virgen. Como Águeda no se entregaba a él, el conde la prostituyó, la encarceló y finalmente le cortó los senos.



Lipó guardó silencio, las comas vivas de sus ojos fijas en Álder y los brazos cruzados sobre el pecho en una actitud de socarrona incredulidad cuyo resultado era siempre provocar en Álder una tranquila corrección.

—Al menos esa estética —admitió Álder tras un momento—. La que me interesa es otra —puso a un lado el periódico—. ¿Sabía usted que hacia 1930 los ricos de esta ciudad hablaban de limpiar las tinieblas exteriores?

Lipó negó con la cabeza y desmontó su postura.

—Ahí está, en El Relator. En esa década los ricos hablaban de varias pestes: borrachos, ladrones, vagabundos y perros. Una peste de perros. Esas eran las tinieblas. No las pudieron limpiar: dejaron de ser exteriores y entraron a la ciudad. Hoy están por todas partes. A quién le interesa las tetas cuando lo que hay que esclarecer es precisamente la historia tenebrosa que se coló por la puerta del patio de esta ciudad.

Extrajo otro periódico del cerro pensando en el sueño que había vuelto a acosarlo desde noches atrás y que ahora salía a la superficie en forma de irritación. Un sueño raro, inconcluso, que se presentaba como fragmentos de una película siempre en continuará y que, sin embargo, él sabía cómo iba a acabar.

—Qué le pareció el anuncio del fin del mundo —dijo Lipó separándolo de sus pensamientos.

—Qué le puedo decir —dijo Álder con resignación—: que es de Radicales Libres.

—Según Yanguas, Bonilla nunca ocultó su militancia política. La policía lo vigilaba. Cómo se explica que ese mensaje estuviera en su poder.

—Una de dos: o Bonilla pertenecía a Radicales Libres, o éstos lo mataron y sembraron la evidencia.

—La policía cree en esta última hipótesis.

—Por principio la policía siempre cree en las hipótesis últimas.

—¿Y usted?

—Yo no creo en ninguna —intentó relajarse Álder—. Qué hay del rollo encontrado.

—Ya fue revelado. No contiene imágenes sino texto. Cada foto corresponde a la página de un libro.

—Y qué dice el libro.

—He ahí lo extraño: no dice nada. Parece que hubieran borrado el grueso de la página y dejado sólo unas cuantas frases. Veinticuatro fotografías: una frase por página, una foto por cada frase.

—¿Y qué dicen las frases?

—No pude verlas todas. La policía retuvo las fotos como evidencia. Sólo recuerdo la frase de la segunda página.

—Cuál —dijo Álder con un inicio de suspenso.

—Era algo incoherente —recordó Lipó—, Nubes de polillas levantadas del polvo. Tal vez el rugido del mar.

Álder experimentó un ligero azoramiento y se volvió hacia la ventana. Lipó lo siguió un instante con la mirada. Luego extrajo su bolígrafo y tomó un papel del escritorio.

—Se la escribiré —dijo.

—No es necesario —opuso Álder—.

La recuerdo perfectamente.

De todos modos, Lipó escribió la frase. Dejó el papel sobre el sillón del estudio, apagó el pielroja en el cenicero y buscó la salida.

Contra el vidrio de la ventana, Álder vio el humo del cigarrillo que se resistía a morir y que subía formando una voluta extraordinariamente azul y nítida, como si la hubieran pintado en el aire. Al mismo tiempo, al fondo del estudio, Lipó abrió la puerta de la calle: su pequeña figura, ingrávida y fofa, del mismo color del humo, se borró en el vidrio.